

EL MADRILEÑO



SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 2 de Noviembre de 1863.

Núm. 42.

SEMANARIO.

El día de difuntos, por P. de Alcántara García.—*Casillas en el aire*, por Mariano Juárez Bander.—*Carlos Broscht*, por L. B.—*Dos preguntas*, 1863, por G. Leá y Rute.—*Hugo*, por V. C. Feijó.—*Anuncios*.

EL DÍA DE DIFUNTOS.

El mes de noviembre empieza con dos días sumamente tristes. El corazón se siente conmovido al penetrar en ellos, ora por el pavor que le infunde el triste lamento de las campanas, ora por los recuerdos que se agolpan a nuestra mente, recuerdos que nos arrancan siempre algunas lágrimas.

La tristeza y el dolor se estenden por todas partes en el día de difuntos.

No hay un corazón que no sienta en este día, porque no hay una persona que no cuente entre el polvo de la tierra, á algun ser querido.

¡Cuántas ideas, cuántas reflexiones sugiere al hombre que medita un poco, el dos de noviembre!

Este día debiera dedicarse solo para la meditación. Quizás el alma, separada por algun tiempo de los afanes diarios, encontraría alivio en los brazos mismos del dolor.

El dolor, por mas que nos infunda tristeza, nos sirve de consuelo cuando en su fondo encontramos la verdad.

¿Y qué hay de verdad en la vida, mas que la muerte!

¡La muerte! Hé aquí una cosa que todos vislumbramos muy lejos, y sin embargo, nada tenemos tan cerca.

Si nos fuera posible, no creeríamos en ella; y es que siempre nos ofusca lo verdadero.

¡Pobre naturaleza humana! Se afana buscando la verdad y cierra los ojos cuando la verdad toca á sus puertas.

Nos asusta la muerte porque generalmente la miramos rodeada de tinieblas. ¡Qué mas tinieblas que nuestra vida, que es una pura y continua duda!

Pero vamos al día de difuntos.

El lúgubre tañido de las campanas nos anuncia desde el anterior, que debemos levantar nuestras preces por los que ya no existen.

Las calles están obstruidas por multitud de personas que caminan en todas direcciones. Los unos marchan hácia la iglesia: los otros van al cementerio, y todos se confunden en el pensamiento, porque todos van á llenar un mismo y sagrado deber.

Acompañemos á los que siguen la última dirección.

¡Qué triste es la vista de un cementerio!

Solo en estos días, los mas tristes del año, es cuando los cementerios están animados. Donde poco antes imperaba el silencio, la muerte, reina ahora el bullicio y la vida.

Si los muertos pudieran levantarse de sus tumbas, nos

mirarían con ojos de compasión al ver nuestra ceguedad.

¿Y qué es un cementerio?

Es un estrecho recinto donde se encierra una generación que ayer era y hoy no es; que ayer, como nosotros, se agitaba, se revolvió, y hoy está sumida en la quietud mas profunda.

El cementerio es como una urna que contiene dentro de sí, todo un mundo de recuerdos, de afecciones y de sentimientos.

Es un sitio que nos impone respeto cuando po nos arranca lágrimas: es un lugar destinado para llorar.

¡Increíble parece que haya quien se atreva á profanar la santidad de un cementerio! Los que tal hacen, no tienen sentimientos, ni se acuerdan de lo que son.

A pesar de ser el cementerio un lugar tan triste y tan doloroso, todos se afanan en este día por penetrar en él. Las ciudades se parecen entonces á la mansion de los muertos. Representan lo que en realidad son: una tumba con apariencias de vida.

¡El cementerio! Pensadlo bien; él es un recuerdo permanente de nuestra pequeñez: él nos dice lo que somos. Por eso sin duda no lo visitamos mas que una vez en el año.

• ¡Qué afán, por engañarnos á nosotros mismos!

Quando se penetra en uno de estos lugares en el día de difuntos, se siente conmovida el alma por distintos resortes.

Allí vemos una madre colocando una corona de siemprevivas, sobre la tumba de su hija. Mas allá un hijo orlando con cintas negras la lápida de su padre. Al lado de este, encontramos un esposo reviviendo con luces el recuerdo de su perdida esposa; y lejos de todos, en un apartado rincón, se distinguen dos mujeres que no teniendo ni coronas, ni cintas, ni luces, derraman el tributo de las lágrimas sobre el recuerdo del esposo y del padre.

¡Qué dulces son las lágrimas! Ellas valen mas que todos los adornos que pueda inventar el capricho humano.

Si los que adornan las tumbas con luces, cintas y coronas, no derramasen sobre ellas algunas lágrimas mezcladas de triste y suave recuerdo, no habrían hecho nada.

¿De qué les sirven á los difuntos las flores de los jardines, cuando no las acompañan las del corazón? ¿Qué les importa que ardan delante de sus lápidas gruesos hachones, si no arde en el corazón la antorcha del sentimiento?

Todo cuanto hay en un cementerio, todo está pregonando la pobreza humana.

Hasta en estos sagrados lugares destinados á la verdad se ha introducido el orgullo del hombre.

No me estraña que los esqueletos que transitan por las ciudades se rodeen de todo aquello que la vanidad pueda sugerirles; pero que á los muertos que han abandonado para siempre esta mentida vida, tambien se les rodee de los mismos atavíos, es una cosa que se resiste al corazón.

Sobre una lápida, que es el símbolo del no ser, se leen con la mayor frecuencia, letreros hijos de un orgullo desmesurado.

Por un lado la fría losa nos está diciendo:—«Aquí solo existe el recuerdo de una cosa que fué,»—y por otro el letrero nos grita:—«Hasta aquí ha penetrado tu vanidad, hombre.»

¡Qué espectáculo tan sublime! ¡Qué lenguaje tan elocuente el de un cementerio! ¡Y cuánto podríamos aprender si le prestásemos atención!

Pero no, el hombre se cansa muy pronto de la vista de las tumbas y se dirige con paso apresurado á ese otro cementerio que se llama la ciudad ó el pueblo.

A medida que se aleja de la mansión del descanso, va olvidando los sentimientos que había despertado en su alma la vista de aquel lugar triste, para dar cabida á otros, si no tan puros y verdaderos, mas halagüenos.

Dejamos atrás la verdad y corremos á echarnos en brazos de la mentira.

Abandonamos las tumbas para ir á confundirnos entre ruinas. Porque ¿qué es una ciudad mas que un conjunto de edificios que á todas horas se están desplomando?

También en las ciudades hay muertos, muertos que pugnan por volver á la vida.

¿Quién no ha visto una reputación que despues de haber fallecido, sale á la calle vestida de uniforme, á ver si encuentra quien la crea con existencia?

Los muertos de los cementerios no se rebelan nunca contra las leyes de la naturaleza; pero los de las poblaciones siempre están batallando por contrarrestarlas.

Hé aquí en qué se diferencia un lugar del otro.

En aquel reina el silencio, el sosiego, la verdad. En este, el ruido, la inquietud y la mentira.

¡El 2 de noviembre!

Este es un día destinado para la oración y para los recuerdos.

Es un día que nos trae á la memoria lo esfímero de nuestra vida.

Él nos dice:—«Medita, recuerda lo que eres; tra ante las tumbas de tus padres, si quieres que tus hijos oren sobre la tuya; no olvides tu destino, ni apartes la vista del polvo, imagen de lo que has de ser; y en fin, no perturbes el sueño de los que no son, con ilegítimas é impuras acciones, porque entonces tú tampoco descansarás tranquilo.»

¡El día de difuntos!

Oremos por los que allá... nos aguardan.

Derrámenos una lágrima sobre sus tumbas y pidámos á Dios por el descanso eterno de sus almas.

P. DE ALLIANTARA GARCIA.

CASTILLOS EN EL AIRE.

POR NAUMANIEL HAWTHORNE.

I.

—Vamos, Perico, no seas majadero: ¡hacemos negocio! decía un tal M. Juan Brown, abotanzándose el gaban sobre su escandalosa barriga. Te parece poco, añadió poniéndose los guantes, lo que te ofrezco por esta casucha y el corral de junto?

—Repito que no la vendo, ni por eso, ni por tres veces mas, contestó Perico, persona e acartonado, de pelo gris y mangas raídas. Busca tu avío por otra parte, que yo tengo resuelto construir en este sitio, para el verano que viene, una casa magnífica y de producto.

—¡Bah! le contestó M. Brown, abriendo la puerta de la cocina; tú siempre haciendo castillos en el aire. Al fin y al cabo, esa clase de obras cuesta menos que las que yo hago. Mira, Perico, déjate de niñerías; véndeme la casa en lo que te ofrezco, seguro de que nadie en ningún tiempo llegaría á mas. ¿En qué quedamos?

—En lo dicho, Juan; no doy la casa por todo el dinero del mundo; y en cuanto á los castillos en el aire, al es puña, al tiempo me remito, y entonces veremos si es ó no una casa de cal y canto como la que tu quieres levantar.

—Pero, criatura, ¿el dinero? exclamó M. Brown, incómodo y retirándose; ¿de dónde diablos vas á sacar el dinero para la obra?

Juan Brown y Perico Goldthwite, habían sido conocidos en el comercio, veinte ó treinta años antes, bajo la razón social de *Goldthwite y Brown*; pero la sociedad se disolvió; á poco de haberse formado, á causa de la heterogeneidad de las partes constituyentes. Desde que tuvo lugar este acontecimiento, y como quiera que Juan prosiguiese en alto grado las mismísimas cualidades de otros mil Juanes, y que pusiera en práctica las mismas teorías de laboriosidad, etc., etc., que ellos practicaban, había prosperado tan maravillosamente, que ya en la época de que hablo, era, sin disputa, uno de los Juanes mas acaudalados del universo.

Perico, por el contrario, despues de haber acometido muchísimas empresas que, segun él, debían hacer afluir á su caja toda la plata, oro y billetes de banco de veinte leguas á la redonda, estaba tan pobre que se había visto en la necesidad de remendarse los codos de la levita. Pocas palabras bastarán para señalar la diferencia, ó por mejor decir, el contraste que existía entre él y su antiguo socio: Brown no contaba nunca con la suerte, por mas que la suerte lo parsigniese; y Perico hacía de ella condición primera de todos sus proyectos, y la picará suerte, ¡al fin hembra! siempre le volvía las espaldas. Mientras á Perico le duró el dinero, fueron soberbias sus especulaciones; pero en los últimos años ya se habían limitado á negocios de corta entidad, tales como comprar..... billetes de lotería. Una vez se fué á California á buscar oro, y tuvo el talento de vaciar los bolsillos donde otros se los llenaban hasta la boca de pepitillas del precioso metal. Luego se gastó dos mil duros en comprar cierto papel mejicano que, segun decía, le daba derecho de propiedad sobre una provincia entera, que sin embargo, estaba situada, á lo que parece, en un sitio donde Perico hubiera podido comprar todo un imperio por el mismo dinero; es decir, en los cuernos de la luna. Perico volvió de su viaje tan flaco y tan derrotado, que cuando pasó las fronteras de Nueva-Inglaterra, hasta los espanta-pájaros que había en los chicharales le hacían señas.

—Se agitaban con el viento, decía Perico.

—No, Perico; te hacían señas, porque reconocían en ti á un hermano.

En los días que pasó la escera referida entre M. Brown y Perico, todas las rentas conocidas de esta no hubieran sido suficientes para pagar la contribución del casucho que su interlocutor quería comprarle por mas dinero del que valia. Era el tal casucho uno de esos vetustos edificios, donde todo se vuelve polilla, polvo y derrumbos. Sin embargo, elenco de Perico tenía sus razones para no desprenderse de la viejísima habitación de sus padres, por mas que le hiciese gran falta el dinero para comer, y por mas que, merced al sitio en que se hallaba situada, se la hubiesen pagado perfectamente.

No parece sino que su destino le condenaba á vivir adherido, digámoslo así, á las paredes que lo vieron nacer; porque se había visto muchas veces á dos dedos de arruinarse, y lo estaba por entonces, y era imposible convencerlo á que la vendiese. Vivía, pues, en ella con la mala fortuna, esperando que mejorasen los tiempos.

Pues, señor, en la cocina, única habitación en que un poco de fuego templase el frío de una tarde de noviembre, fué donde el pobre de Perico recibió la visita de su opulento ex-socio. Así que se hubo marchado M. Brown, desparó Perico una lastimosa mirada por su vestido, que, en parte se remontaba á la época de *Goldthwite y Brown*. La levita estaba sin pelo, y lustrosa como de hule, ítem más, remendada por los codos con paño casi nuevo; el sobreto-

do era gris; pero se le vela la trama, y tenía botones de diferentes clases; el pantalón también era gris, y había tomado en algunos sitios un colorcillo más oscuro, que llamé chamuscado, porque Perico tenía la pícara costumbre de arriolar tanto las piernas al fuego, que casi las tenía hechas *beefsteak*.

La entidad física de Perico era correspondiente á su equipaje. Con un pelo gris, sus ojos melillos en el cogote, su rostro macilento y su cuerpo esquelético, era el vivo retrato de un hombre que se ha mantenido de ilusiones, pero que ya ni puede vivir con esas drogas, ni tampoco digerir alimentos de más sustancia. A pesar de esto, si Perico, por más insensato y testarudo que fuese á la sazón, hubiese dedicado cuando joven las fuerzas de su espíritu al estudio de la poesía en vez de emplearlas en operaciones comerciales, puede muy bien asegurarse que habría hecho un papel lucido en la sociedad. Después de todo, Perico no era malo: inofensivo como un niño, y destinado por la naturaleza á ser lo que se llama un caballero, era tan honrado y respetable como se puede ser con mala comida y circunstancias agravantes.

Mientras que Perico, de pié delante del hogar, pasaba la vista por todas las partes de su desolada cocina, empezaron á encandilarse los ojos, á efecto, sin duda, de una especie de entusiasmo que lo poseía desde tiempo atrás. Levantó la mano y descargó una terrible puñada sobre la ennegrecida tapa de la chimenea, y exclamó:

—¡Llegó la hora! ¡Con un tesoro semejante á mi disposición, buena locura sería pasar más tiempo en la pobreza. Mañana temprano empiezo por el sobabanco, y no paro hasta que tire al suelo toda la casa!

Adosada á una pilastra de la chimenea, como un figurón esculpido en la piedra, y sumida en profunda sombra, estaba una viejecita ocupándose en remendar las calcetas á favor de las cuales se libraba Perico de sabañones. Era caso desesperado (el remiendo), como lo prueba el hecho de haber recurrido á su añejo corpiño de franela para sacar dos plantillas y ponderetas. Tabitha Porter era una vieja muy chiquita, doncella, al parecer, y con sesenta y pico de años por añadidura. Las once décimas partes de este tiempo las había pasado en aquel mismo sitio, porque si no estoy trascordado, hacia cincuenta y cinco que el abuelo de Perico la sacó del hospicio. Perico era el único amigo de Tabitha, y Tabitha la única amiga de Perico; y así mientras Perico tuviese un pedacito de pan, la mitad sería para Tabitha, y el día en que, por desgracia, Perico se encontrase en la calle, Tabitha lo tomaría por la mano y lo llevaría á la casa donde ella nació, esto es, al hospicio; pero entre tanto, Tabitha sería capaz de quedarse en camisa por Perico. Y, cosa singular, aunque Tabitha no estuviese contaminada de la monomanía de Perico, se había familiarizado tanto con sus disparates y sus locuras, que no se lo parecían. Por eso, al oír á Perico aquello de tirar la casa al suelo, levantó tranquilamente los ojos de las calcetas, y se contentó con decirle:

—Deje V. la cocina para lo último.

—Cuanto antes salga todo rodando será mejor, contestó Perico, porque, francamente, me desespero de vivir en esta casa tan fría, tan húmeda, tan lúgubre y tan abumada. Esto es un dormitorio de gallinas, Tabby. ¡Figúrate cuando estemos en la casa nueva, que será para el año que viene! La voy á hacer de ladrillo de abajo arriba. Todo muy cómodo, muy desahogado, muy limpio. Ya verás: para tí una alcoba que dé al Mediodía, con los muebles á tu gusto; te doy carta blanca....

—Cuanto más se parezca á esta cocina, le interrumpió Tabitha, más me gustará. ¡Me recrea tanto el ver la chimenea negra de humo!... ¿Y cuánto dinero piensa V. gastar en la obra?

—¿Quién piensa en eso ahora? exclamó con altivez Perico; ¿por ventura mi bisabuelo y homónimo no dejó un tesoro bastante para construir dos docenas iguales?

—Yo no digo que no, replicó Tabby, ensartando la aguja.

Tabitha ó Tabby sabía perfectamente que Perico aludía con aquellas palabras á un inmenso tesoro de piedras preciosas que, según voz pública, estaba escondido en el sótano, ó por las paredes, ó debajo del tejado, ó... en alguna otra parte ignorada de la casa; pero en cuanto á que el te-

soro existía no quedaba duda. Según la tradición, el tal tesoro lo había formado un Pedro Goldthwaite, anterior al de nuestra historia, cuyo carácter parece ofreció mucha semejanza con el de su descendiente. Como él, fue gran proyectista, y se devanó los sesos por descubrir el modo de ganar el dinero á carretadas, en vez de ganarlo un duro tras otro; y como Perico II, naufragó casi siempre, pudiéndose asegurar que á no ser por el pingüe resultado de la última empresa que acometió, se hubiera visto sin camisa que ponerse.

Muchos y muy diversos comentarios se hacían acerca de la naturaleza de tan feliz especulación; decían unos que Perico I había conseguido hacer oro por medio de la alquimia; otros que había puesto en contribución la magia negra para sacar el dinero de los bolsillos de sus conciudadanos; y otros, en fin, cosa más inexplicable todavía, que el diablo le franqueó las cajas de la antigua tesorería provincial de Nueva-Inglaterra. Se afirmaba, sin embargo, que un obstáculo secreto le había impedido el usufructo de sus riquezas, y lo que es peor, el revelarlas á sus herederos. Pero de lo que no quedaba ningún género de duda es de que murió sin decir el sitio donde tenía metidas.

El padre del Perico actual tuvo fe en la historia, y dispuso que se hicieran excavaciones en el sótano. En cuanto á nuestro Perico, siempre consideró la leyenda como una verdad incontestable, y en medio de sus afares y cuidados, se halagó con la dulce esperanza de que, á falta de otros recursos, podría rehacer su desmoronado caudal echando abajo la casa. A pesar de esto, no me explico por qué, si creía Perico á puño cerrado en el tesoro, no practicó antes todas las diligencias conducentes á dar con él.

Pero sea de esto lo que quiera, había sonado la hora crítica de poner manos á la obra; porque si retardaba un poco el hacerlo se exponía á quedarse sin la casa, y quedándose sin ella, ¿quién tesoro! que ó continuaría escondido, ó pasaría á manos de una generación futura.

—¡Sí! exclamó de nuevo; mañana empiezan los trabajos por el sobabanco.

Cuanto más profundizaba Perico en la materia, más se convenía de la felicidad de los resultados. La pródiga naturaleza lo había dotado de un humor tan elástico, que, hasta en el otoño de la vida rivalizaba en jovialidad con otro que estuviese en la primavera. Así fue que, animado por mil halagüeñas esperanzas, se puso á dar brincos y saltos como un diablillo por la cocina, acompañándose de contorsiones y muecas ridículísimas; y en el paroxismo de su entusiasmo llegó al extremo de coger de las manos á Tabitha y bailar con ella largo rato, hasta que los estrafalarios movimientos de la viejecita, dolorida de reumatismos, le hicieron lanzar una carcajada que repitieron los ecos de todas las habitaciones de la casa, al punto de parecer que hubiese un Perico riéndose en cada una. Finalmente dió un salto en el aire, y casi desapareció entre las nubes de humo que se condensaban en el techo de la cocina; cuando hubo caído sano y salvo, hizo un esfuerzo para recuperar su habitual gravedad.

—Mañana al salir el sol, -repitió cogiendo una candileja para irse á acostar, veré si el tesoro está en las paredes del sobabanco.

—Y como estamos tan escasos de leña, dijo Tabitha, respirando con dificultad de resultados de la gimnasia que había hecho, yo aprovecharé la madera para el fuego.

¿Qué sueños tan magníficos tuvo aquella noche Perico! Soñó primero que abría una puerta parecida á la de un sepulcro, pero que, una vez de par en par, dejó ver una cueva donde estaba el oro amontonado como trigo en granero. Había también platos, soperas, cubiertos y campanillas de oro ó de plata cincelados, sin contar infinidad de cadenas y otras alhajas de valor incalculable, si bien estaban tomadas de humedad; porque Perico, en aquel solo rincón, descubría cuantas cosas perdieron los hombres desde los principios del mundo hasta aquella hora.

Luego soñó que al volver á su casa, tan pobre y abatido como siempre, la recibió en la puerta un hombre flaco y canoso, que hubiera podido tomar por otro él á no ser por su vestido. Pero la casa, sin perder su antiguo aspecto exteriormente, se había mudado por dentro en un palacio de metales preciosos: suelo, techo y paredes eran de pla-

ta bruñida; las puertas, ventanas, cornisas y pasos de la escalera de oro puro; las sillas de plata con filetes de oro; las cómodas de oro con tiradores de perlas y pies de plata mate; las camas de oro con las colchas de tisú de lo mismo, y las sábanas de hilo de plata. A no dudarlo, la casa debía de haber sido transformada de repente, pues conservaba todos los signos distintivos de la casa de Perico, y que este reconocía; sólo que la plata y el oro sustituían a la madera. Las iniciales P. G. campeaban por todas partes en alto ó bajo relieve, pero siempre de oro. Y hubiera sido Perico perfectamente feliz aquella noche, á no ser por una pírica circunstancia, á saber: siempre que se volvía para mirar detrás de sí, las habitaciones de la casa perdían su brillo y magnificencia, tornándose á su primer lastimoso estado.

Perico lo hizo como lo dijo: á la mañana siguiente tomó un hacha, un martillo y una sierra, y trepó las escaleras. Cuando llegaba al sotabanco, un rayito de sol se abría paso al través de la claraboya que le servía de ventana; y por cierto que un moralista hubiera tenido muchas y muy sendas cosas que decir, y amplísimo campo para desplegar su sabiduría especulativa en aquel estrecho, bajo y empolvado zaguizami, donde las telarañas, lagartijas y ratones tenían su natural asiento. ¡Un sotabanco! ¡Fíjola! Un sotabanco es el limbo de las modas pasadas, de las bagatelas que solo han vivido un día, de todo aquello que solo ha tenido mérito para una generación, y que se ha relegado allí apenas esa generación ha dejado de existir, no para conservarlo, sino para que no estorbe en otra parte. Perico descubrió pilas de libros de cuentas encuadrados en pergamino, en que acreedores, muertos y enterrados hacían largos años, apuntaron los nombres de deudores, muertos y enterrados también de mucho tiempo, con una tinta pasada ya de puro vieja; descubrió cazacones antiguos, pero tan maltratados de la polilla, que se quedaban entre los dedos (de no ser así, Perico se los hubiese puesto); vió también una espada mohosa, no una espada militar, sino una espada de vestir, una de esas espadas inocentes, esbeltas, vírgenes, que usaban nuestros abuelos, y que no habían salido á relucir hasta el día que se le perdió la vaina; mas lejos, bastones de veinte clases distintas, pero ninguno con puño de oro; hebillas de zapatos de muchas clases y hechuras, pero ninguna de plata ni guarnecida de piedras preciosas; mas allá un gran cajón llano de zapatos; enfrente, sobre una tabla, multitud de botellitas y cacharros con restos de pólvoras de botica, que se habían traído allí del cuarto mortuorio, después que la parte principal abrió sus efectos en los antepasados de Perico; y finalmente, para no ser prolijo, se divisaba en un rincón un fragmento de espejo, muy empolvado, y que á causa de esto reproducía todos los marimretos y meridos, de una manera que los hacía parecer más viejos. Cuando Perico H. sin saber que hubiese allí un espejo, vió en él la imagen confusa de sí mismo, imaginó que Perico I había venido, ó para facilitarle los medios de dar con el tesoro, ó para oponerse á sus investigaciones. Entonces pasó una idea chispeante por su imaginación: se creyó ser el mismo Perico que había escondido el tesoro, y dándose un golpe en la frente se preguntó dónde diablos lo habría puesto; pero por una inconcebible fatalidad no pudo contestarse á la pregunta.

—Buenos días! gritó á esto Tabitha, que venía subiendo la escalera; ¡hay unas rajadas de leña para encender el fuego!

—Las habrá, que es lo mismo; aguarda.

Ne bien hubo dicho estas palabras emprendió su obra destructora, empujando con un tabique de tablas tan furiosamente, que á pocos golpes dió con él en tierra en medio de una nube de polvo y con estrépito infernal.

—¡Qué bien vamos á calentarnos este invierno! dijo Tabby llevándose lleno el delantal de pedazos de tabla secos como la yesca.

Una vez inaugurados los trabajos, Perico prosiguió derribando todo cuanto halló derribable, hendiendo y desaharrando tabiques, pilas, cornisas y paredes interiores; desmenuzando puertas, arrancando clavos, levantando pavimentos, y sobre todo haciendo mucho ruido de la mañana á la noche. Sin embargo, se abstuvo á poner mano á los

muros exteriores, con la idea de que los vecinos de la calle no supiesen la novedad que ocurría.

(Se continuará)

MARIANO JUDELLAS BÉDERR.

CARLOS BROSCHI.

(FARINELLI.)

Recuerdo que hace algunos años, siendo todavía muchacho, pasaba largos ratos embelesado, como niño que oye contar cuentos de hadas y encantadores, oyendo referir á un sábio y venerable anciano, (tan anciano que era ya mozo de provecho antes de fenecer la guerra de sucesión), las cosas del reinado del buen Fernando VI y de su esposa doña Bárbara de Portugal. Conociábase al buen señor que se deleitaba no menos que yo en aquellos recuerdos de sus juventudes, pues lo que en mi era ansia de saber, en él era una especie de reproducción de sus pasadas dichas é ilusiones; y nadie sabe el contento que se experimenta en la vejez con traer á la memoria los juegos de la infancia, las travesuras de la mocedad, los cuidados y anhelos de la juventud; todo por supuesto para venir á parar en la consecuencia de que aquello era mejor que lo presente, y de que los vicios y desórdenes van á mas, y la holganza y prosperidad á menos. Quizá haya en esto mucho de verdad; pero por de pronto lo que no puede negarse es, que así como hay por de pronto lo que no puede negarse es, que así como hay un instinto de amor pátrio, lo hay también de cariño á los tiempos que han ido iluminando el palacio encastado de nuestra raza. ¿Qué mas aciago que los que nosotros hemos conocido? Y con todo, algo hemos de hallar en ellos que nos dé pié para ponderar sus excelencias á nuestros nietos.

Pues volviendo á las relaciones de mi ochenta, tengo bien presentes los chistes con que las razonaba. Decía que Fernando VI era un señor bellísimo; que á trueque de tener paz, le importaba poco vivir aislado y olvidado de todo el mundo; que cuanto mas indiferente se mostraba con sus vecinos los franceses, y con los isleños, señores de la mar, mas ofrecimientos y agasajos le hacían Francia é Inglaterra. Que el carácter de aquel rey era muy melancólico y taciturno, tanto que dió en apoltronarse en cama y no consentir ni aun ponerse ropa limpia, siendo menester usar con él de engaños y estratagemas para que cediese de su peña. De la reina doña Bárbara contaba cosas estupendas; era el ídolo de su esposo, y no por la esbeltez de su talle, dado que pecaba por el extremo de obesa; ni por su condición apacible, que no parecía, ni en ella ni en otras cualidades, desmentir la patria que le dió el ser; sino por el predominio que había sabido adquirir sobre su espíritu; hasta el punto de que muriendo la infeliz señora miserable y penosamente, no pudo Fernando sobrevivirla. Pero á vueltas de estos contratiempos privados, la situación pública no podía ser mas lisonjera: paz en la nación, cuantiosos ahorros en el Erario, abundancia en las casas de los ciudadanos, y por consiguiente humor festivo, indolente abandono y ociosidad perpétua en todo el mundo. Las armas andaban sin ocupación, qué de las tropas que guarnecían á Madrid se sacaba una manga de granaderos que reclutasen gente para ir á ver las óperas que se cantaban en el Retiro. Así lo refería el susodicho anciano como testigo ocular; y á ser cierto, probaría que ó el espectáculo no llamaba aun mucho la atención de los madrileños, ó que estos eran poco aficionados á hacer bullo en las diversiones de la corte; y nada tiene de extraña esta última conjetura si se atiende á que el centro de Madrid estaba entonces en los jardines del Buen-Retiro, y á que el héroe de la corte, el favorito de los reyes y el oráculo de palacio era un italiano de nación y músico por aditamento.

No es necesario pasar adelante; mis lectores saben á quien aludo, y tienen ya noticias del celebre Farinelli; mas para aquellos que solo le conocen de oídas, no estarán demas unas cuantas pinteladas que den alguna idea de su carácter y fisonomía.

Farinelli, ó Farinello como le llaman otros, fué natural de Nápoles, donde vino al mundo en 24 de enero de 1705. Su verdadero nombre era el de Carlos Broschi. Su padre, que era un excelente músico, comprendió desde luego, al

ver sus felices disposiciones, el obsequio que le habla hecho la fortuna, y allí al pobre niño en el gremio de Euterpe, con los requisitos que entonces se acostumbraban, y que no dejaban duda alguna sobre la profesion que se ejercía. Creció el muchacho, y crecieron tambien sus facultades místicas; las de la naturaleza no podian ser más felices; el arte lo adquirió, y hasta esto para su alabanza, en la escuela del famoso maestro Porpora, siendo tales y tan rápidos sus progresos, que á los diez y siete años estuvo ya en disposicion de lucir su talento y habilidades. Presentóse por primera vez en el teatro romano de *Aliberti*, donde, como en los demas de los estados pontificios, desempeñaban hombres los papeles de mujer; uso que siguió observándose hasta que Pío VI, queriendo complacer á la princesa Braschi, su sobrina, permitió que pudiesen cantar mujeres; presentóse pues Farinelli, y saludó respetuosamente á su auditorio; este, aunque ya tenia muy buenas noticias del nuevo *soprano*, no hizo más que recibirle con benevolencia; pero cuánto fué su asombro y entusiasmo al verle comenzar con la misma valentía, perfeccion y aplomo que la cantora más consumada en el arte? Cantó una aria con acompañamiento de flauta; el que tocaba este instrumento pasaba por un prodigio, pero éralo mucho mayor Farinelli, y así le fué facilísimo vencer á su competidor. La dulzura de su acento, la flexibilidad de sus tonos, la rapidez y exactitud de sus sonidos dejaron como encantados á los espectadores; su triunfo fué completo; empezaba por donde hubieran querido concluir los artistas más felices y aventajados.

Propagóse en breve su fama por todos los ángulos de Italia, y no hubo teatro que no se apresurase á ofrecerle ventajas sobre las proposiciones de los demas, suscitándose competencias que le fueron extraordinariamente productivas, pues es ya muy antigua la manía de adquirir cantantes á peso de oro; y si en aquellos tiempos, ó poco despues, sacaba Farinelli seis cientos mil reales al año de su habilidad, no debe parecer excesivo el precio que tiene en nuestros días la cigarra más desentonada. Lo cierto es que los escritores contemporáneos están acordes en tributar encomios á Farinelli, y en reconocer su mérito; el doctor Burney en su *Historia de la Música* dice: que en su voz se hallaban todas las cualidades rennidas, la fuerza, la dulzura y la facilidad más asombrosa; así como en su método todas las perfecciones imaginables; de suerte que no es posible cifrar en menos palabras mayor elogio.

Consagradas á la patria las primicias de su talento, y suficientemente acrisolada su reputacion, resolvió el jóven Broschi peregrinar por el mundo y hacer aplicacion del precepto de Horacio, combinando la utilidad que se promete, con el deleite que estaba seguro de producir en los oídos de los estrangeros. Londres buscaba los mejores cantantes, y los recompensaba bien, y á Londres encaminó sus pasos. Estaba en aquella ciudad á la sazón, en 1754, el célebre Caffarelli, siendo la delicia de los opulentos lores ingleses, que no creían hubiese cantor en el mundo, no ya capaz de aventajar, sino de compararse siquiera al que los tenia tan subyugados; mas ¡oh inestabilidad de la gloria, ó por mejor decir, invencible poder del mérito! No bien llegó Farinelli, cuando pudo esclamar con la elocuencia laconica de César: «*veni, cecine, vici.*» Eligió otro teatro que aquel en que se enseñoreaba su rival, y desde luego consiguió poner en balanza las opiniones. Los unos le daban la preferencia; los otros decían que no tenia más encanto que el de la novedad. Hubo serias discusiones, apuestas de consideracion, acaloradas disputas, voces, amenazas y denuestos, hasta que por último se decidió poner frente á frente á entrambos competidores.

En efecto, juntáronlos en un teatro y los hicieron cantar en una misma pieza. La tradicion no ha conservado el título de esta, y únicamente se sabe que Caffarelli representaba un tirano adusto y feroz, y su antagonista un héroe desdichado; que gemia entre cadenas, y no podia soportar más tiempo los rigores de su infansta estrella. Cantó el primero con altivez y desparpajo, como quien gozaba de la posesion del triunfo; Farinelli, por el contrario, prorumpió en tan sentidos, tan dulces y melódicos acentos, que hasta su mismo tirano se declaró vencido, suspendiendo la

representacion y estrechándole amorosamente entre sus brazos. Poder se necesita para obrar prodigio semejante, y para trocar en admiracion la envidia tan natural en las almas de los artistas; el público lamortalló con estrepitosos aplausos una escena que no habian podido idear, ni el poeta ni el compositor, y coronando de inmarcesibles lauros las sienes del que realizaba las fabulosas maravillas de Anfiton y Orfeo, fué Farinelli desde aquel día el primero y el solo cantor del mundo.

Llegó á España la fama de esta novedad; y el rey Felipe V, que aunque tranquilo poseedor de su corona, vivia disgustado, ya por efecto de sus dolencias, ya por temperamento natural, quiso experimentar si la magia del canto de Farinelli seria más poderosa para desterrar su melancolia que la ciencia y los medicamentos de los Hipócrates de su cámara. En efecto, Farinelli vino á la corte, y desempeñó á satisfaccion del soberano el encargo que se le dió, y que consistía en cantar todas las noches algunas arias, que se dice eran siempre las mismas, porque el gusto del rey era tan extraño, que no hallaba placer en la variedad, y todo lo sujetaba á su sistema de vida monótono y uniforme. Ello fué que el nieto de Luis XIV pudo saborear á su placer las dulzuras del canto de Farinelli, y que si no miente la historia, el remedio produjo en cuanto era posible el resultado apetecido.—Y no solo en el ánimo del monarca, sino en los corazones poco sensibles de los palaciegos, y en los afectos del principe de Asturias, y sobre todo en el alma de la princesa, que como jóven, de imaginacion vivaz y afeccionada á la música por estremo, vió realizada con aquella adquisicion la mayor de sus ilusiones.

Y así debió ser en vista de lo que aconteció á poco tiempo. Porque habiendo muerto Felipe V, y empuñado el cetro su hijo y sucesor Fernando, de quien queda hecha mencion, la primera diligencia de la reina doña Bárbara fué encargar al músico sobre todos los personajes de la corte, Don Carlos, que así se comenzó á llamarle, llegó entonces á su verdadero apogeo y engrandecimiento; sin embargo, preciso es confesar que no abusó de su posicion en lo más mínimo. Atento y afable con todo el mundo, modesto sin afectacion, y completamente extraño á las intrigas de palacio, mostró que tenia suficiente talento para no desvanecerse en aquella altura. Su gallarda presencia, sus distinguidos modales, en que siempre dejaba ver algo de la dignidad escénica, su sencilla elocuencia, y el esmero que empleaba en complacer á todos, le granjearon en breve tiempo la estimacion y afecto de cuantos le trataban. A él acudian los pretendientes, los ministros y los embajadores de las potencias, que deseando vencer en provecho de sus intereses la sistemática neutralidad de Fernando, imploraban rendidos su valimiento; pero Broschi, poniendo por delante su profesion, y confesándose sin merecimiento para las distinciones con que se le honraban, se resistía con tal franqueza á sus exigencias, que él quedaba sin cuidados, y ellos salian satisfechos... Jamas hizo daño á nadie, y ellos salian satisfechos. Ni para sí, ni para sus parientes, que tenia muchos y necesitados en Italia, pidió nunca favor alguno; y un hombre tan digno de elogios como artista, lo fué todavía más como privado.

Cuéntanse de él anécdotas que tienen trazas de invenciones, y que si lo son, prueban sin embargo el buen concepto de que gozaba. Habló al rey una vez en favor de un grande que solicitaba una embajada.—«Me admira de tu empeño, le dijo Fernando; ¿no sabes que es enemigo tuyo?—Séalo enhorabuena, señor, contestó él; si fuese amigo mio no me hubiera atrevido á recomendarle á V. M.—Un guardia que estaba de centinela en las galerías de palacio, le insultó un día, su venganza fué conseguirle un ascenso, y facilitarle recursos para los gastos que tenia que hacer á consecuencia de aquella gracia.—Un sastre le llevó un día un vestido de gala, y díjole que se daba por pagado si se dignaba cantarle un aria. Farinelli cantó varias con el mismo cuidado que si hubiera estado delante de un concurso numeroso, y concluido que hubo, le entregó un bolsillo lleno de oro, cuyo importe excedía en mucho al valor del traje. A pesar de su moderacion y de sus buenos oficios, tenia envidiosos que le aborrecian, y que lograron malquistarle con la reina. Farinelli, que se apercebía del riesgo,

acudió á la antecámara de doña Bárbara, y acompañándose de una guitarra, cantó una ária con tan extraordinaria perfección, que causó para siempre el enojo de la irascible portuguesa.

El teatro español se hallaba entonces, y de tiempo atrás, en la mayor decadencia y abandono. Zamora y Cañizares habían sido los últimos cisnes de nuestro Parnaso cómico, pero cisnes de especie dejenerada, que quisieron levantar el vuelo á la altura de Calderón y los demás dramáticos de nuestro siglo de oro, y se esforzaron en vano para conseguirlo. Felipe V, que fundó establecimientos literarios muy útiles á la nación, miró el teatro español con indiferencia: quizá si hubiese hallado aquí ingenios por el estilo de Molière, de Corneille y de Racine, hubiera dispensado su protección á los autores y actores españoles. Su sucesor, claro es que había de proseguir por la misma senda; y la esposa de este, aunque señora de gusto, era mujer al fin, y se inclinó al lado de la moda, prefiriendo lo relumbrante á lo positivo. Estaba la ópera italiana muy en uso al presente en toda Europa: había en Madrid un músico eminente, que podía dirigir con acierto aquellos espectáculos: ¿qué mejor ocasión para introducirlos en España?

Ni faltaba tampoco local á propósito donde ensayarlos, estando en pie el bello teatro del Buen-Retiro, construido en tiempo de Felipe IV por el célebre Cosme Lotti, pintor, arquitecto y mecánico florentino. Conservábanse recuerdos de la portentosa habilidad de este artista, grande inteligente en la maquinaria, que á la ostentación y propiedad que sabía dar al aparato escénico, á la rápida mutación que hacía de las decoraciones, á la atrevida invención de sus vuelos y de otras cosas no vistas hasta entonces, debió la calificación de *hechicero* que se le daba en el bullicioso reinado de aquel monarca. No era fácil hallar otro que le reemplazase, mas con dinero de sobra, como lo había entonces, con pintores de inteligencia, como lo era Amiconi, con coros é instrumentos venidos de Italia, y sobre todo con el buen gusto y conocimientos artísticos de Farinelli, podía elevarse la ópera italiana en España á mayor grado de esplendor que lo estaba en los demás países.

«Encargóse, pues, la dirección de aquellos espectáculos al Sr. Broschi igualmente que todo lo relativo á las serenatas que se cantaban por el verano en Aranjuez, los embarcos nocturnos en la escuadra del Tajo, las iluminaciones, fuegos de artificio y demás festejos durante la jornada, en suma todas las diversiones del palacio... y él supo desempeñar todos estos encargos, si no con economía, con admirable acierto.

«Trajo á Madrid los mas excelentes profesores de música vocal é instrumental, maquinista y pintores de escena, y adornó las representaciones con magnificencia suntuosa. Cuando se hacían algunas en el salón llamado de *los reinos*, cubrían el piso exquisitas alfombras, las paredes colgadas de tisú de oro, espejos, tallas y pinturas, entre las cuales se colocaban estatuas: la iluminación correspondía á todo lo demás: los músicos de la orquesta tenían uniformes de grana con galon de plata. En una ópera cantada en el teatro se presentó una decoración toda de cristal: en otra ocasión se alumbró la sala de concurso con dosejentas arañas; en la ópera de *Armida Placata* se vió un sitio delicioso con ocho fuentes de agua natural, y una entre ellas con un surtidor que subía á sesenta pies de altura, sonando entre los árboles el canto de una multitud de pájaros, imitado con la mayor inteligencia. La riqueza de los trajes, muebles y utensilio del teatro, las comparsas (que á veces se componían de cincuenta mujeres y doscientos hombres), la vista de los ejércitos con numerosa caballería, elefantes, carros, máquinas de guerra, armus, insignias, música militar, los fuegos artificiales que se veían al acabarse este espectáculo mas allá de la escena (cerrándose la boca del teatro, para que el humo no ofendiese, con dos corredoras compuestas de los mayores cristales de la fábrica de San Ildefonso), todo era digno de un gran monarca que disipaba en esta diversion la opulencia de sus tesoros.» Esto dice D. Leandro Fernandez Moratin en el prólogo á sus comedias: esto se hacia entonces en España, y del teatro nacional nadie se acordaba, excepto algun que otro escritor adocenado para desacreditarle con los abortos de su pobre ingenio.

Farinelli se conservó en la gracia de los reyes mientras vivieron, y á los tres años de la muerte de Fernando, ocurrida en 1759, pocos meses despues de la de doña Bárbara, se despidió de España y de los muchos amigos que dejaba en ella, con ánimo de fijar su residencia en Bolonia. Allí se habia hecho construir un magnífico palacio, fuera de la puerta llamada de Zaragoza, y allí pasó los restos de sus dias tranquilo y venturoso, entre los placeres de la música cultivada no ya como profesion, sino por recreo, y la distraccion que le proporcionaban un rico museo de pinturas y un hermoso jardin á que era muy aficionado. Allí obsequiaba generalmente á cuantos estranjeros iban á visitarle, socorria con mano pródiga á los menesterosos, alentaba á los artistas en sus empresas, y ayudaba al padre Martini en sus trabajos sobre la historia de la música. Sorprendióle la muerte en medio de tan gratas é inocentes ocupaciones á los 78 años de su edad, en el de 1782, pasando sus bienes á un sobrino suyo, que era su único heredero: mas para consagrar un recuerdo de su gratitud á España, y dejar memoria de sus virtudes entre los que mas saben estimarlas, legó en su testamento dos pensiones, una á favor del hospital de italianos de Madrid, y otra á la casa de Misericordia ó hermandad del Refugio de esta misma corte: hombre extraordinario en todo, á quien pudo aplicarse aquella profunda máxima de la Rochefoucauld: *que el indicio del verdadero mérito es el obligar que lo aplaudan mas aquellos que mas lo envidian.*

C. R.

DOS PREGUNTAS.

I.

Yo te pregunté en un dia
para mi de gran dolor
¿me quieres decir María
qué entiendes tú, por amor?

Fijastes en mi tus ojos
dó el rayo de sol se tronca,
quizás, quizás, con anteojos
de no contestarme nunca.

Mas al ver la sencillez
de mi pregunta importuna,
me dijistes: «una vez
contestaré, solo una.»

Y de tus labios plegando
el coral que rojo brilla,
tus blancos dientes dejando
competir con tu mejilla,

En raudales de armonía
que al nacer tu voz nacieron,
«el amor es flor de un dia,
tus rojos labios dijeron.

«Nace el amor cual la planta
luciendo puros colores,
su aroma y perfume es tanta
que envidia causa á las flores.

«Crece fugaz, y violento
sus hojas va desplegando:
envuelve al alma en su aliento
y aroma al alma va dando;

«Mientras percibe su aroma
el alma ya acostumbrada,
feliz es, cual la paloma
que vuela libre y amada;

«Mas como amor es la flor
y su vida dura un dia,
lega á el alma cruel dolor
si el alma en amor confia.

«Por eso muy firme creo
que como la flor se tronca,
el amor pasa... lo veo...
¡el dolor no pasa nunca!

«Y siendo así mi opinion,

que robusteciendo vá
el mundo, mi corazón
nunca el amor sentirá.»

Parada dejó mi mente
tu fácil contestación;
yo sentía como siente
desgraciado el corazón.

Tus palabras, ¡oh, María!
de una mujer la memoria
llevaron al alma mía,
¡era mi vida y mi gloria!

Esa mujer me engañó,
y el alma ya acostumbrada
cuando el aroma perdió
se sintió bien desgraciada.

Por eso creo, María
conforme con tu opinión
que el amor es *flor de un día*:
¡guarda en blanco el corazón!...

II.

Después he sabido yo
que tu opinión y tu calma,
de un desengaño nació
que torturaba tu alma.

Y no me extraña María
que tal tu boca dijese,
si pena en tu pecho había
que creer así te hiciese.

Que yo como tú, también
pensaba y pienso lo mismo,
¿quién de la gloria, un abismo
puede encontrarlo muy bien?...

¡Pero no es desgracia horrible
que mutable proceder,
haga la dicha imposible
y posible el padecer?

¿Y que fiero un desengaño
que á traición dá la mudanza,
cause para siempre un daño
cual es matar la esperanza?

Muy triste es por cierto vida
que de un engaño dependa...
que el engaño es una herida
que dá el amor por ofrenda.

Muertas ya las ilusiones.
podemos decir María,
¡pobre de los corazones!
que el amor es *flor de un día!*

III.

Pasado algún tiempo, un día
que besar te vi una flor,
te dije «amiga María,
¿qué entiendes tú por amor?»

De tus labios retirastes
la violeta que besabas
y tus ojos me fijastes
pues pensativa quedabas,

Mas yo, curioso en verdad
mi pregunta repetí,
y con mucha claridad
me contestastes así:

«Hubo un tiempo en que al amor
flor de un día yo llamaba,
porque envuelta entre el dolor
el dolor me torturaba.

«Mas todo el tiempo lo calma
la alegría y el dolor...
y este ha enseñado á mi alma
que es en la vida, el amor.

«El amor nace en el niño
de verdes hojas vestido...
la flor primera es cariño

que brota al verse querido.

«Crece el niño y se hace hombre
y entonces brota la flor
á la que damos el nombre
primitivo del amor.

«Mas como está en nuestro pecho
el árbol que brota flores,
si el huracán ha deshecho
una de vivos colores,

«Durante un invierno entero
está el árbol deshojado,
que el desengaño primero
la flor mas gayá ha llevado.

«Y sufre el árbol sincera
pena de amor bien temprana;
mas viene la primavera
y otra flor nace lozana.

«Y nacen flores en tanto
una encuentra invernadero,
donde el placer y el quebranto
lo comprenda un jardineró.

«Y allí su vida y amor
unidos por siempre y hijos....
si aroma no da la flor,
bebe el aroma en sus hijos!»

Esto tus labios dijeron
y en ti la prueba miré....
tus flores niña crecieron....
¡consuelo siente mi fé!

La primer vez, convencido
quedé al oírte María;
mas hoy siento haber crecido
que el amor es *flor de un día*.

Que el amor que el alma siente
no es esperanza perdida
cual dice el mundo y la gente,
que el amor, es nuestra vida.

G. LAÁ Y RUTE.

HUGO.

TRADICION TEUTÓNICA, POR ELISA SOUTI.

(IMITACION DE UNA POESIA POLACA.)

I.

La fuga.

La frescura de la noche comenzaba á dejarse sentir; el cielo teñido de un azul oscuro iba perdiendo cada mas su transparencia. El sol fatigado de su carrera, se perdía entre las ondas del Báltico y sus rayos ya debilitados, reflejándose sobre la negra basilica de Marienburgo, coloreaban con un pálido resplandor sus cristales, como para darle un triste adiós.

Una jóven hermosa y pura, encerrada en los austeros muros del claustro acaba también de dar el último adiós al mundo y á sus alegrías. Las frescas rosas de su guirnalda se habian desprendido una por una y el velo de las esposas del Señor, venia tan solo á reemplazarlas. Cuando tendida sobre el mármol y cubierta con el lienzo fúnebre, pronunció sus votos eternos, su tembloroso corazón cesó de latir; las lágrimas que inundaban sus mejillas estaban heladas, y una horrible palidez bañaba su rostro y la asemejaba á un cadáver.

Concluido el divino misterio, los cirios fueron apagados; las religiosas se retiraron á su santo asilo y el pueblo salió en silencio por la puerta mayor de la basilica. Un caballero en traje de tal, y apoyado sobre una de las columnas de este templo, fué la única persona que permaneció inmóvil. Su visera calada, todo lo mas que se podía, no deja percibir sus facciones; pero en su armadura se conocia que era un defensor de la religion de Cristo: la cruz de la orden Teutónica brillaba en su pecho.

Al principio permaneció como una estatua de mármol

que guarda los sepulcros; pero despues un movimiento involuntario recorrió todos sus miembros. ¿Qué causa pudo estremecerle así? Fué el débil resplandor que vino á disipar un momento la oscuridad profunda? Pero este resplandor era producido por la luna al reflejar en los marcos dorados que cercenaban las pinturas sagradas. Fué acaso el rumor lejano que llegó hasta sus oídos? Pero este rumor era el eco de la última oracion que las religiosas dirigian á Dios. — Tal vez tenia miedo de hallarse solo á aquellas horas y en aquel templo, cuyas anchas naves estaban pobladas de sepulcros? — No; no era el miedo quien agitaba el corazon del caballero; no era el miedo quien le hacia prestar en un oído atento al menor ruido; no era el miedo quien le cortó la voz, cuando vió venir hacia sí á través de la oscuridad una sombra ligera, cuando sintió una mano dulce y tremula deslizarse entre las suyas.

Estrechó con efusion esta mano y salió precipitadamente de aquel sagrado recinto. Dos caballos vigorosos, apostados á corta distancia, mascaban sus frenos y parecian participar de la misma impaciencia de su amo.

El caballero se lanzó sobre uno de ellos, despues de haber ayudado á su joven camarada á montar en el otro.

Más, por qué marchan con tal celeridad? Por qué dejan las veredas trilladas y atraviesan los bosques y el terreno mas áspero é inculto? Por qué á cada instante vuelven con inquietud la cabeza para mirar hacia atrás? Parecen haber tomado las alas del águila para alejarse del territorio prusiano; pero á pesar de la rapidez de la marcha, el primero de los caballeros no pierde un momento de vista á su compañero. El se encarga de apartar las ramas de árboles que pudieran herir su rostro; el modera de tiempo en tiempo el impetu briosos de su corcel; él vela, en fin, sobre este tierno page, como una madre cariñosa vela sobre su primer hijo.

Durante su camino no hablan una sola palabra; un ligero suspiro solamente se exhala de su corazon al perder de vista los claustros de los Teutónicos, atraviesan con la velocidad del rayo, bosques de pinos seculares y llegan á la orilla del Niémen, en donde la luna baña sus tibios y argentados rayos. El caballero toma por las bridas el caballo de su paje, y ambos á dos se lanzan al río. Los corceles dilatan con ruido sus narices, la espuma de sus bocas se mezcla con la espuma de las aguas, y cuando ya han ganado la orilla opuesta, en donde se estienden inmensos bosques, el caballero acorta un poco el paso, se inclina hacia su compañero, y hablandole en voz baja, como si alguien pudiera oírle, le dice:

— Pronto vamos á dejar de pisar esta tierra maldita, y muy pronto refugiados en la Lituania á donde Jasellon me llama, no tendremos ya que temer las prisiones terribles del tribunal secreto... Animo! Animo! ya estamos cerca de Troki, de ese fuerte castillo perteneciente á Jasellon y confiado á una guarnicion Teutónica: allí mando yo á mis hermanos; allí, en medio de mis valientes soldados yo impediré que la traicion se apodere de nosotros. Los espías encargados de ejecutar la sentencia que amenaza mi cabeza habrán perdido ya la huella de mis pasos y no osarán seguirme hasta mi querida Lituania. Dios es testigo de que nunca he huido al peligro; quiero los torneos de nuestra orden, quiero el peligro de los combates; pero hay el peligro sin gloria, hay el puñal que puede asesinarme á los pies de mi amada, ó bajo el techo de un amigo.

El otro viajero asustado sin duda, sufre repentinamente una notable alteracion, estiendo su delicado brazo como para proteger el corazon de su compañero, y dirigiéndole despues una mirada llena de ternura y á la vez de espanto: — ¡Hoyanos pronto! — le dice con voz descompuesta.

Ambos agujanen á sus corceles; y pasan, no lejos de las vastas posesiones de los duques de Lida. El sol apareciendo insensiblemente, doraba apenas las altas torres del castillo; los bosques y los campos vecinos, estaban todavia poblados de sombras; la naturaleza se despertaba fresca y riante, los pájaros comenzaban sus concertos matinales, las yerbas en su infinita variedad exhahaban gratas aromas.

(Se continuará.)
V. C. FEIJÓO.

IMPORTANTE.

Todos los que se suscriban por el año entrante de 1864, optarán á jugar *gratis* todo el año en los sorteos de la lotería moderna y entrarán en participacion á los dos billetes y medio que tomamos para Navidad, que sin duda podremos optar á los *seis millones* ofrecidos; regalándoles al mismo tiempo un recibo con los nueve regalos que hacemos.

Es preciso para estas ventajas suscribirse antes del 20 de diciembre del corriente año: los números de los dos y medio billetes van insertos en el prospecto que se ha repartido con antelacion.

Los suscritores antiguos que tienen hecha la suscripcion para mas adelante, continuarán disfrutando de las ventajas con que se suscribieron y al mismo tiempo las nuevas que anunciamos, si satisfacen los 30 reales que hay de diferencia en la suscripcion de un año á otro.

LOTERIA MODERNA.

Insertamos á continuacion la lista de los premios grandes del sorteo del 50 de octubre, previniendo que los 30 primeros mayores por el orden de lista son los agraciados con los indicados treinta regalos pertenecientes al mes de octubre que ha finado.

Hé aquí la lista:

Premios.	Ps. Rs.						
10908	25000	24000	1000	15456	1000	—	—
28969	10000	26616	1000	11968	1000	1515	1000
14241	5000	1138	1000	12635	1000	28551	1000
8524	2000	29475	1000	8028	1000	1041	1000
29804	2000	12615	1000	1000	1000	25747	1000
21899	2000	5564	1000	6104	1000	2606	1000
1804	2000	24212	1000	25992	1000	16750	1000
14505	2000	27075	1000	10219	1000	10910	1000
17564	2000	20155	1000	17645	1000	7119	1000
25651	1000	14548	1000	19745	1000	21592	1000

El siguiente sorteo se ha de verificar el día 12 de noviembre de 1865, siendo el número de billetes que á él corresponden el de 50.000, á 200 reales vellon, divididos en décimos, á 20 rs. cada uno. Los seis premios mayores serán: dos de 20.000 ps. fs., dos de 10.000 y dos de 5.000.

En el mes de noviembre celebraremos otro sorteo perteneciente al mismo, y en el mes de diciembre dos, uno que se suspendió en abril y que se verificará el 12 del indicado diciembre, y el 25 lo haremos del que corresponde al último de año; con lo cual habremos terminado el de 1865.

Acompañamos á nuestros lectores el primer número del periódico político *La Tribuna Española*, que era el que publicábamos diario de noticias, y como esta ventaja hace interesante dicha publicacion se la recomendamos á nuestros suscritores, advirtiéndoles que es mas barato que ningun otro, con mas los regalos que podrán ver en el prospecto del *Madrieno* que ha circulado.

Propietario y editor responsable,

D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.